

LA SALA DE CINE

- I -

Apartó las cortinas y penetró en la sala, sus pasos inseguros buscaban un asiento vacío. Extendió la mano y a tientas logró sentarse en la primera fila.

¡Maldito tráfico! que le había retenido durante unos minutos preciosos y había sido la causa de su retraso. La película ya había comenzado. El incendio de la pantalla se reflejó en sus ojos, parpadeó para acostumbrarse al destello de luz. Un compañero de trabajo le había recomendado aquel film de terror, dándole el término de alucinante y escalofriante. Y ahora no tenía ni la más remota idea de su comienzo y ello le producía un gran malhumor. Frente a él, en la pantalla, apareció una figura negra y amenazante que pronunciaba estas palabras: Invocaré entonces a los poderes de la tierra. Pensó que se trataba de la trama que se repetía, una y otra vez, en aquellos tiempos en que la falta de imaginación hacía producir películas con argumentos tan parecidos. Poco a poco se fue relajando, pensando que al final se quedaría dormido de aburrimiento. De nuevo apareció aquel personaje, la túnica negra le ocultaba las facciones del rostro, de pronto, vió sus ojos... negros y profundos como las oscuras cámaras mortuorias. Un escalofrío le hizo sobresaltarse, cuando notó que una mano extraña vino a cerrarle los ojos y la oscuridad los cubrió durante un tiempo indefinido. Fue cuando descubrió a la muerte sonriéndole desde el dintel de la puerta. No podía llegar a creerlo, aquello tendría que ser algún truco de la productura de la película en confabulación con la sala de cine. Aquella figura negra, sin rostro, le señalaba con un dedo índice desprovisto de carne humana. Pensó en salir corriendo pero la quietud de su cuerpo le pareció extraña, hacía frío y no podía moverse. Cerró los ojos, aquello era una alucinación, no podía ser real.

- II -

No supo cuanto tiempo había transcurrido entre la incertidumbre y el miedo, cuando una luz intensa le hizo abrir los ojos y se encontró ante aquella misma puerta dónde aquel ser infernal había hecho su aparición. Miró hacía atrás y ante él la más absoluta oscuridad. Decidió seguir aquella luz brillante y traspasó el umbral de la puerta.

Frente a él, un enredo de pasillos formaban un laberinto de paredes de negro granito. Desorientado, miró a su alrededor, de súbito, por las grietas de aquellas paredes se asomaron los rostros mortecinos de seres que parecían estar atrapadas en aquellos muros. Sus manos como garfios se alzaban al aire implorantes. Sus lamentos resonaban en un eco escalofriante. Sintió una gran desazón en su interior y cayó de rodillas al suelo.

– ¡Ayúdanos, estamos aquí atrapados y tú eres el elegido! No entendía nada, el elegido ¿por quién y con qué fin? Si su única intención era pasar un buen rato en la sala de cine, y se había visto envuelto en aquella pesadilla. Quizá estaba dormido, sólo necesitaba despertar y todo volvería a la normalidad, puso todos sus sentidos en aquel pensamiento, pero no sirvió de nada. Se incorporó y allí seguían aquellas frías paredes, sólo los rostros habían desaparecido y sus estremecedoras voces. Algo le rozó las piernas, sintió un leve escalofrío, bajó la vista y se apartó bruscamente. Una fila de pequeñas figuras cubiertas de la cabeza a los pies con túnicas negras, caminaban rápidas, lo de caminar era un decir, pues no pudo distinguir sus pies, parecían flotar sobre aquellas losas de granito negro. Quiso llamarles, pero desaparecieron veloces en un recodo del pasadizo a su derecha, intentó seguirles y sólo encontró más pasillos frente a él, vacíos y oscuros. No supo durante cuanto tiempo vagó por ellos, formaban un laberinto perfecto, no encontraba la salida. Angustiado, se sentó impotente en el suelo, su pesadilla parecía no tener final. El suelo desapareció bajo sus pies, se sintió

caer, se encontraba en medio de una espiral de viento que lo arrastraba hacia un pozo negro, hacia la nada.

De pronto todo se detuvo, apareció sentado, en la misma posición. Se incorporó y miró alrededor, bajo la llama rojiza del crepúsculo se recortaban los tejados de pizarra roja, de las casas que parecían formar un pequeño pueblo.

Desorientado caminó hacía ellas. Un conjunto de calles vacías le dio la bienvenida. No había rastro de ningún ser humano, sólo el silencio más absoluto parecía haberse adueñado del pueblo. Ante él apareció el rótulo de un café; decidió entrar en el local. En las mesas aparecían dispuestos las tazas y platos con restos de comida, cómo si los comensales hubiesen abandonado precipitadamente su desayuno. Pero, ¿qué o quién les había obligado a ello?

- III -

El silencio pareció romperse con un sonido apagado, al fondo de la estancia. Se acercó lentamente, parecía provenir de aquella puerta cerrada. Dudó ante la incertidumbre, ¿qué encontraría detrás de ella? Aunque ya empezaba a acostumbrarse a las sorpresas. Todo lo que le había ocurrido era un sinsentido. Recordó las palabras de aquellos seres irreales con los que se había encontrado. – “Eres el elegido”. Sí, alguien estaba jugando con su mente, todo aquello no podía ser real. Abrió la puerta, y reconoció la sala que apareció ante sus ojos, la misma sala de cine, y en la gran pantalla luminosa, descubrió su rostro en el umbral de aquella puerta. Perplejo miró hacía la primera fila, el asiento que momentos antes había ocupado, estaba vacío. Él era “El elegido”, para ser el protagonista de la película, y entonces descubrió por primera vez lo que era el terror, que ahogó en un grito mudo.